

Perfil de Pablo VI

Cipriano Calderón

¿Un perfil de Pablo VI? Difícil tarea, que exigiría mucha reflexión y no poco tiempo: tarea que resulta, por otra parte, bien atrayente, ya que no falta el recuerdo emocionado y abundan los datos biográficos en infinidad de publicaciones sobre el tema. (De la amplia bibliografía que hay sobre Pablo VI, aquí sólo cito dos biografías: una del comienzo del Pontificado: Cipriano Calderón, «*Montini, Papa*», Ediciones Sígueme, Salamanca 1963, 370 págs.; y otra reciente: Carlo Cremona, «*Paolo VI*», Rusconi, Milano 1991, 292 págs.).

Miramos con inmenso afecto y enorme admiración al *Papa Montini* en este año centenario de su nacimiento (26 de septiembre), en este año 1997 que —dentro del itinerario de preparación al Jubileo del 2000— está dedicado al Divino Salvador del mundo.

Por eso, al *evocar ahora a la figura excepcional de Pablo VI*, yo quiero poner de relieve lo que para mí representa la *faceta* eclesialmente más significativa y espiritualmente más fascinante de su *perfil sacerdotal*.

Giovanni Battista Montini, durante toda su vida, fue un *gran enamorado de Cristo*, a lo San Pablo, y durante los 15 años de su pontificado apareció siempre como una auténtica *transparencia de Jesús, el Señor*, de quien era Vicario en la tierra.

Se podría recorrer toda la trayectoria del joven, del sacerdote, del Arzobispo y del Papa Montini poniendo de relieve momentos y episodios que indican o prueban mi afirmación. Sin embargo, me limitaré a trazar, con unas pinceladas, como un tríptico, fijándome solamente en tres *datos emblemáticos*, si bien no son datos aislados sino lógicamente enlazados con todas las palabras, gestos y actitudes de Pablo VI.

1. Profesión de fe en Jesucristo, expresión de firme esperanza y desbordante amor al Señor

Hay un momento culminante, al comienzo del pontificado de Pablo VI: fue aquel en el que, al inaugurar la II Sesión del Concilio Vaticano II, convocado por su Predecesor Juan XXIII, con labios trepidantes de amor y devoción, hizo una vibrante *expresión de fe en Jesucristo*, pronunciando palabras de *firme esperanza y desbordante amor al Señor*, palabras sublimes que reflejan todo lo que el nuevo Papa llevaba en su corazón de Discípulo del Señor y Pastor de la Iglesia universal. Era el 29 de septiembre de 1962, en la Basílica de San Pedro.

Quiero reproducir el siguiente texto, que constituye el núcleo central del discurso, con el que el Papa abrió el camino de la segunda etapa del Concilio y, en cierto sentido, también el camino de su espléndido pontificado.

(...) ¡ Cristo! Cristo, nuestro principio. Cristo, nuestra vida y nuestro guía. Cristo, nuestra esperanza y nuestro término (...). Relación múltiple y única, firme y estimulante, misteriosa y clarísima, apremiante y beatificante entre nosotros y Jesús; entre esta Iglesia santa y viva, que somos nosotros, y Cristo, del cual venimos, por el cual vivimos y hacia el cual vamos (...). Cristo, luz del mundo, sea nuestro único faro. Las palabras del Señor, auténtico Maestro, constituyan la sola verdad capaz de atraer nuestra mente. Que no tengamos otra aspiración que la de serle absolutamente fieles. Y que sólo nos sostenga esa esperanza que, nacida de su divina palabra, conforta nuestra angustiada debilidad: «Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28, 20). ¡Ojalá fuésemos capaces de elevar a Nuestro Señor Jesucristo una voz digna de El! Diremos con la Sagrada Liturgia: «Solamente te conocemos a Ti, Cristo; —a Ti con alma sencilla y pura llorando y cantando te buscamos;— mira nuestros sentimientos» (Himno de Laudes, feria IV).

(...) Cristo, la fuente de la humanidad redimida, de su Iglesia. Y la Iglesia algo así como la emanación terrena y al mismo tiempo misteriosa de Cristo. De tal manera que parece delinearse ante nuestros ojos la visión apocalíptica de San Juan: «Y

me mostró un río de agua de vida, clara como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero» (Ap 22, 1).

(...) Nuestro Señor Jesucristo es el Verbo Encarnado, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, el Redentor del mundo, esto es, la esperanza de la humanidad y su único supremo Maestro. El es el Pastor, el Pan de la Vida, nuestro Pontífice y nuestra Víctima. El es el único Mediador entre Dios y los hombres, el Salvador de la tierra, el que ha de venir Rey del Siglo Eterno (...). Nosotros somos sus llamados, sus discípulos, sus apóstoles, sus testigos, sus ministros, y, con todos los demás fieles, sus miembros vivos, entrelazados en el inmenso y único Cuerpo Místico que El, mediante la fe y los sacramentos, se va formando en las generaciones humanas que se suceden: la Iglesia, espiritual y visible, fraterna y jerárquica, hoy temporal, mañana eterna (...). Cristo es nuestro Fundador, nuestra Cabeza, invisible pero real, y nosotros todo lo recibimos de El, de forma que constituimos con El ese «Christus totus» de que habla San Agustín y del que está penetrada toda la teología de la Iglesia.

Los Obispos, sacerdotes, teólogos y fieles que escuchamos aquella mañana del 29 septiembre 1962 al Romano Pontífice, en el primer templo de la Cristiandad, quedamos como asombrados de ver el profundo sentimiento, la vibración y el énfasis que Pablo VI puso en sus *palabras sobre Cristo*.

El padre oratoriano Giulio Bevilacqua (Cardenal en 1965), amigo y confidente espiritual de Juan Bautista Montini hizo este comentario: «Quizá nunca se había oído exponer en la Basílica Vaticana con tanta fuerza y pasión la cristología paulina: es el estilo del Papa Montini, el secreto que explica la elección de su nombre: Pablo».

Este mismo religioso ha contado que, al salir aquella mañana de la ceremonia de inauguración del segundo período del Concilio, se cruzó con el famoso teólogo Karl Rahner y le encontró emocionado, comentando precisamente la citada parte del discurso papal: «Nadie —dijo— ha hablado así de Cristo, con tanta fuerza y luz para la Iglesia».

También el futuro Cardenal Ives Congar escribió aquel día, en su Diario del Concilio, que lo que más le impresionó en la alocución pontificia fue la «llamativa y elevadísima afirmación cristocéntrica».

René Laurentin, teólogo cronista del Vaticano II, comentó así la sesión de aquel 29 de septiembre 1962: «Jamás la persona de Jesucristo había dominado a tan alto nivel un discurso pontificio. Era la manifestación espontánea de una convicción muy íntima que Pablo VI exteriorizó, elevándose a momentos de intensa emoción, sin perder en ningún momento la fuerza y la nitidez de su expresión». (Todos estos testimonios citados, con la indicación de su respectiva fuente, están recogidos en el libro *«Iglesia con Pablo VI»*, que yo mismo publiqué en junio de 1964. Ediciones «Sígueme», Salamanca, 488 páginas).

Jesucristo ocupó siempre el centro en el corazón y en los labios de Pablo VI: el centro de su vida eclesial y de su acción apostólica. Todo lo concibió y lo realizó *in nomine Domini*. Era éste su lema episcopal y pontificio.

Efectivamente, el texto citado no era más que la culminación de un pensamiento y de unos sentimientos que *Giovanni Battista Montini* cultivó profundamente en su alma desde joven sacerdote, que los afianzó de manera singular como Obispo y los sublimó al llegar al Supremo Pontificado, donde se sintió total y definitivamente *identificado con Cristo*.

Recordemos unas palabras del *joven sacerdote Montini*, espiando en la colección de sus pláticas (*Meditazioni*, Edizioni Dehoniane, Roma 1994). La «Meditación» de la que transcribimos sólo unos párrafos es de noviembre 1948.

El amor a Cristo, el encuentro con Él, manifiesta a quien lo experimenta este carácter especial: que Cristo es indispensable, insustituible, necesario, como Él mismo dice «sine me nihil potestis facere» (*Jn* 15, 5); que es cuestión de vida o de muerte «non est in alio salus» (*Hch* 4, 12); que Cristo es el único, el necesario, el que no nos puede faltar; que en todas las infinitas posibilidades de un acto de amor, Él es el único digno, el único a quien no se puede, no se debe renunciar. Lo demuestra no sólo la implacable experiencia de quien ha sen-

tido esto, es decir, nuestro personal testimonio interior; sino toda la doctrina y toda la teología. Hay que hacernos, al respecto, alumnos de San Pablo, el gran maestro de todo el que quiere de verdad amar a Cristo, porque el Apóstol nos enseña que nadie, fuera de Cristo, es realmente necesario para la salvación humana, para todo el género humano, para la economía universal desde Adán al último hombre (...). Jesús, su persona, las relaciones con Él, son indispensables: yo soy el camino, el puente, «ego sum ostium» (Jn 10, 9) (...).

Si queremos ir a Dios, Jesucristo nos hace de puerta, de camino, de mediador...
Procuremos que nuestra oración tenga siempre un sentido cristológico, cristocéntrico.

En la trayectoria inmediatamente anterior a los años de Papa, por lo que se refiere a esa actitud hacia el Señor que estamos describiendo, habría que recordar, entre otras muchas cosas, que la primera Carta pastoral que *el Arzobispo Montini* escribió apenas comenzó su labor de gobierno pastoral en Milán estaba dedicada a *Jesucristo*, con el título «Omnia nobis est Christus» (*Lettera pastorale all'Archidiocesi Ambrosiana per la S. Quaresima dell'anno del Signore MCMLV*).

De ella tomo sólo unos breves párrafos.

(...) Jesucristo nos es necesario. Sí, Jesucristo Nuestro Señor nos es absolutamente necesario. No se diga que éste es un tema ya gastado; porque es siempre nuevo. No se diga que es un tema ya conocido; porque es inagotable (...).
Hoy el ansia de Cristo invade incluso el mundo de los alejados, cuando vibra en ellos cualquier auténtico movimiento espiritual (...).

Tenemos necesidad de Cristo. Este es el grito que lanzan tantas voces aisladas procedentes de las más diversas direcciones; son muchas y forman hoy un inmenso coro. Es una extraña sinfonía de nostálgicos que suspiran por el Cristo perdido; de pensadores que entreven algunas huellas de Jesús; de tipos generosos que aprenden del Señor el auténtico heroísmo; de los que, al verse agobiados por el sufrimiento, sienten espontánea simpatía hacia el Hombre de los Dolores;

de gente desilusionada que busca una palabra segura, una palabra duradera; de los honestos que reconocen la sabiduría del auténtico Maestro; de los sinceros y decididos que esperan encontrarle por los caminos derechos del bien; de artistas que tratan de poner su inspiración en los aspectos expresivos relacionados con la íntima verdad de las cosas; y, finalmente, de los convertidos que narran su aventura espiritual proclamando la propia felicidad por haber encontrado a Cristo.

Resulta también interesantísimo observar cómo las clases obreras, cuando no tienen los ojos vendados por convencionales negaciones, miran a Cristo, como al Obrero divino que ha compartido las fatigas de los trabajadores y las ha ennoblecido y santificado; ven en Jesús el Profeta de los pobres, de los que lloran, de los que tienen hambre de justicia; descubren en el Señor el Maestro defensor de la dignidad humana, juez de toda hipocresía personal y social, Pregonero de la solidaridad y de la caridad.

El ansia de encontrar a Cristo aparece igualmente en ese mundo dominado por el materialismo, la técnica y la política, pero que no quiere dejarse sofocar por ellas.
¡Oh Cristo, Tú eres necesario!

Otro texto fundamental, que retrata la mente y la actitud cristocéntrica de quien había de ser Papa Pablo VI, es la intervención que el *Cardenal Montini* tuvo en la primera etapa del Concilio, XXXIV Congregación General del 5 de diciembre 1962, durante el primer debate en torno al esquema *De Ecclesia*. En ella pedía que toda la atención de la Asamblea Ecuménica *se centrara en Jesucristo: celebrar a Jesucristo*.

Es necesario que el Concilio «*pie, sollemniter, consulto celebret Dominum Nostrum Jesum Christum*», mostrando cómo El vive en su Iglesia y comunica su vida a los hombres. Cristo es la vida de la Iglesia. Sin Él nada podemos hacer. La Iglesia no es solamente la sociedad fundada por Cristo; es también su continuación y el instrumento a través del cual Jesucristo obra y realiza hoy la salvación del mundo.

Tres meses después de pronunciar, en la inauguración de la segunda etapa del Vaticano II, el discurso que hemos citado al comienzo de este artículo, Pablo VI quiso ir como Papa Peregrino a Palestina, para «encontrarse», por decirlo así, *con Jesús en Su tierra y ofrecerle allí la Iglesia*. «*Paulus VI P.P. peregrinus in Terra Sancta Christo Ecclesiam offert*», es la inscripción escrita en la medalla oficial que el Vaticano acuñó para conmemorar aquel Viaje Apostólico, el primero de un Pontífice de nuestro tiempo. (cf. *Opus citatum*, cap. 15, págs. 394—428: «Pablo VI inicia su visita pastoral por los caminos del mundo: viaje a Palestina»).

Para terminar este primer punto de mi ensayo, quiero poner de relieve que resultó sumamente significativo el hecho de que Juan Pablo II, para inaugurar la Conferencia de Santo Domingo, tomase algunas de las citadas palabras de Pablo VI sobre Cristo, pronunciadas en el Aula Conciliar (cf. *Discurso inaugural*, 12 de octubre 1992, n. 1).

2. Deseo programático: *Ecclesia Christi, lumen gentium*

Me acerco con frecuencia a la *Plaza de San Pedro* para meditar y rezar en ese lugar sagrado, que constituye el *centro de la cristiandad*, y a quien alguien ha llamado la «Plaza de la paz eclesial, del diálogo y de la Evangelización». Estos días, en el año dedicado a Jesucristo, miro hacia la fachada de la *Basílica Vaticana* y, al observar los andamios con los que la han cubierto para su restauración en vista del Jubileo del 2000, me viene a la memoria un episodio significativo en el marco del tema que estoy tratando.

Desde el comienzo de su Pontificado, Pablo VI tuvo una *idea genial*, que en sí era una utopía, pero una utopía programática y emblemática de los pensamientos, afanes y deseos del Papa Montini.

Quería poner en el frontispicio de la Basílica de San Pedro la palabra *Jesucristo*, sustituyendo la frase que figura en el mismo «*Paulus V Borghesius Romanus Pont. Max [fecit]*», por esta otra, expresiva y singular, que fuese como el recuerdo y resumen de toda la doctrina del Vaticano II: «*Ecclesia Christi, lumen gentium*».

Este deseo se lo manifestó Pablo VI a Mons. Giovanni Colombo, Arzobispo de Milán, en un coloquio confidencial que tuvo con él unos días después de su elección pontificia.

El Arzobispo Colombo, luego Cardenal, lo contó en una carta a sus fieles, que lleva fecha del 6 de octubre de 1963 (*Prima lettera dal Concilio*).

«La conversación con el Santo Padre —escribe— recayó sobre Pablo V, del cual el actual Papa ha continuado el número y el nombre». Fue el Pontífice que hizo construir la fachada de la Basílica de San Pedro. Su Santidad me decía con cierta pena: «Aquel Papa puso su nombre y el de su familia en el centro del frontispicio del templo Vaticano: *Paulus Quintus Borghesius*. En ese lugar debería haber figurado *solamente un nombre: el de Jesucristo*».

Ojalá se aprovechara la oportunidad de la restauración que se está haciendo, para convertir en realidad el deseo de Pablo VI. Sería un *gesto formidable con gran proyección evangelizadora*. Pensemos lo que significaría para la *evangelización* de los peregrinos que vengan a Roma, durante el Año Santo 2000, el que al mirar hacia la Basílica de San Pedro, encontrasen escrita en el centro del solemne y maravilloso frontispicio de la misma la palabra «*Iesus—Christus*».

Seguramente el cambio no se hará, pues *la historia* es la historia, siempre digna de respeto.

De todas formas, los peregrinos pueden mirar hacia la gigantesca e impresionante imagen de *Cristo Redentor y Evangelizador* que está en lo alto de la fachada, presidiendo desde allí no sólo la plaza sino el mundo entero, y pensar en la *centralidad que Jesús ha de tener en su Iglesia y en cada uno de sus discípulos*.

¡ Qué emocionante resulta recitar ante esa expresiva imagen algunas de las bellísimas *plegarias a Cristo* que compuso Pablo VI!

Citemos, entre las varias que podrían escogerse, ésta, escrita por el Papa, pocos meses antes de su muerte, el 19 de marzo 1978.

Tú eres el Cristo
el Hijo de Dios viviente.

Tú eres quien dice de sí mismo
«soy el camino, la verdad y la vida».
Tú eres quien afirma
«Yo soy la resurrección y la vida»
de todos los hombres que creen en Ti.
Jesús de Nazaret,
Tú eres el verdadero centro de la historia
Jesucristo, Verbo encarnado,
Hijo Eterno de Dios,
Nosotros Te ofrecemos
nuestra humilde adoración
nuestra firme fe
nuestra serena esperanza
nuestro incondicional amor.
Queremos comprometernos de por vida
en seguirte
sólo a Ti
siempre.

3. Realidad entusiasmante y consoladora: «Iglesia de Cristo»

En todos los escritos de Pablo VI hay una alta vibración *cris-
tológica*, que ahora no voy a examinar. Hay autores que lo han hecho
ya (cf. «*Cristo vita dell'uomo d'oggi nella parola di Paolo VI*», a
cura di Virgilio Levi, Arnoldo Mondadori Editore. Milano, 1968,
331 págs; «*Il Gesù di Paolo VI*», Virgilio Levi, Mondadori, Milano,
1985, 394 págs., con Prefazione di Carlo Maria Martini, Cardinale
Arcivescovo di Milano). En el prólogo de esta obra el Cardenal
Martini dice: «El apasionado amor a Cristo hizo al Papa Pablo ca-
paz de una interior, personalizada, críticamente sufrida asimilación
de la cultura moderna hasta permitirle descubrir en ella las nostal-
gias y las contradicciones, las brechas secretas a través de las cuales
puede penetrar el anuncio de la fe (...), con la sencillez de predicar
diciendo sólo una palabra: *Jesucristo, crucificado*».

En este momento, dentro del ambiente que ha creado en el Pue-
blo de Dios el año dedicado a Jesucristo, yo me voy a fijar sólo en
la Encíclica programática del Papa Montini: su primera Encíclica
Ecclesiam suam, publicada el día del Santísimo Salvador de 1963 (6
de agosto).

Y de este formidable e importante documento pontificio voy a poner de relieve solamente *el título*, con el que se le designa siguiendo la costumbre: las dos primeras palabras del texto.

Lo hago porque, para mí lo más impresionante y significativo, lo que más me gusta de la Encíclica, son precisamente esas palabras *Ecclesiam suam*, que revelan claramente la fina concepción, la clara idea teológica que Pablo VI tenía de la *Iglesia*.

La Iglesia es de Jesús: Ecclesiam suam. Hay que comprender bien esto, entenderlo en profundidad.

La Iglesia no es del Papa, ni de los Obispos, ni de los curas o de los fieles. *La Iglesia es de Cristo, Hijo de Dios: la Iglesia del Verbo Encarnado*.

Por eso, podemos tranquila y seguramente tener *fe* en ella: «*Credimus in unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam, a Jesu Christo super petram, qui est Petrus, aedificatam*» (Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 30 de junio 1968).

Por eso, porque la Iglesia no es de los hombres, sino que es de Jesús, podemos *confiar plenamente* en ella.

Por eso, la *amamos* con todo nuestro corazón.

Leamos el siguiente texto de Pablo VI, tomado de la Audiencia General del miércoles 15 de abril 1964.

(...) Hay que amar a la Iglesia. Como la amó el Señor, hasta dar su vida por ella: «*Christus dilexit Ecclesiam et se ipsum tradidit pro ea*» (*Ef*, 5, 25). Es necesario amar a la Iglesia: Esto es lo que os pedimos, hijos carísimos: El amor a la Santa Iglesia católica. Amar quiere decir rezar: orar por la Iglesia. Amar quiere decir estar unidos: permaneced unidos a la Iglesia. Amar quiere decir obrar; trabajad por el bien de la Iglesia.

Si nosotros, los eclesiásticos, nos diésemos siempre cuenta, tuviéramos en todo momento conciencia clara de que *la Iglesia no es nuestra, sino de Jesucristo*, quizás trataríamos muchas veces las cosas de la Iglesia de muy distinta manera de como las tratamos. No

podemos considerar nunca a la Iglesia como una hacienda o propiedad privada en la que hacemos y con la que hacemos lo que nos parece. Hay que servir a la Iglesia sin servirse nunca de ella. *La Iglesia es del Verbo Encarnado, del Padre, de la Trinidad*, nacida del costado de Cristo para congregarnos, evangelizarnos y llevarnos a la salvación.

Meditamos este texto de Pablo VI, tomado de la homilía del día de su Coronación pontificia (30 de junio 1963).

La Iglesia católica es lo más grande y santo que hay en la tierra. En efecto, fue fundada por Cristo y redimida por Su Sangre; es su Esposa inmaculada y amadísima; es la madre de todos los que han dado su nombre a Cristo y se adhieren a El con fe; es la luz y la esperanza de todos los pueblos.

En un precioso escrito que redactó hacia el final de su vida, «*Pensiero alla morte*» (pág. 389), Pablo VI se expresa como sigue.

Maravilla de las maravillas, el misterio de nuestra vida es Cristo. Ahí la fe, la esperanza, el amor exaltan el nacimiento y celebran la muerte del hombre. Yo creo, yo espero, yo amo en Tu nombre, Señor.

La Iglesia de Cristo: *Ecclesiam suam*. Jesús es el Señor de la Iglesia y la Iglesia sólo será plenamente feliz y solamente realizará cumplidamente su misión de evangelizar a todas las gentes (cf. Mt 28, 19), cuando centre totalmente su atención en «Jesús, Evangelio de Dios, el primero y el más grande Evangelizador». Lo dice claramente Pablo VI en su última Exhortación Apostólica, escrita ya en la plenitud de su Pontificado, cuando su sabiduría pastoral había llegado al culmen: la *Evangelii Nuntiandi* (cf. n. 7, 22 etc.).

Este documento, tal vez el más fino que nos ha dejado Pablo VI y seguramente el de mayor transcendencia pastoral, empalma maravillosamente con la Encíclica *Ecclesiam suam* y está totalmente centrado en *Jesucristo*, desplegando con maravillosas pinceladas, con certeras orientaciones doctrinales y prácticas, así como con geniales intuiciones, inmensos horizontes para la evangelización de nuestro tiempo, según el lema o programa paulino *Evangelizare Iesum Christum* (cf. Gal 1, 16).

En la *Evangelii Nuntiandi* está estupendamente reflejado el perfil cristológico de Pablo VI que vivió siempre con su mirada «fija en el Señor» cf. *Hb* 12, 2): en «Jesucristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre» (cf. *Hb* 13, 8), «Cristo, Salvador y Evangelizador», como ha proclamado Juan Pablo II —continuador y auténtico discípulo del Papa Montini en la línea cristocéntrica del Pontificado (cf. *Redemptor hominis*, 4 a)— en su Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* (n. 40), de cara al Gran Jubileo del Año 2000: el Jubileo del nacimiento de Jesús y del comienzo de la Evangelización.

MONS. CIPRIANO CALDERÓN

Español, trabajó como corresponsal de la agencia católica española «Prensa Asociada» y del semanario «Ecclesia» de Madrid. En 1962 fue nombrado jefe de la sección de lengua española de la Oficina de Prensa del Concilio. Desde 1968 dirigió la edición española de *L'Osservatore Romano* hasta 1988, fecha de su nombramiento como obispo titular de Tagora y Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina. Entre sus muchas publicaciones destacan: *Montini, Papa* (1964), *Iglesia con Pablo VI* (1965), *Giovani B. Montini. Sacerdocio católico* (1966), *Evangelizadores* (1996).